

sitio conveniente, no quedaban al pie del Cerro de las Campanas, más que tres cruces pequeñas que se habían fijado en los lugares en que se habían verificado las ejecuciones.

Esas tres cruces fueron colocadas por el piadoso pueblo, para que las personas que visitasen aquel sitio, orasen por el descanso del alma de cada uno de los seres que allí habían perdido la vida (1).

(1) En la obra que lleva por título *Historia de la guerra de Méjico desde 1861 hasta 1867*, escrita por D. Pedro Pruneda, al hablar de los fusilamientos verificados en Maximiliano, Miramón y Mejía, se incurre en inexactitudes notables que perjudican altamente á la verdad histórica. En esa historia se dice que despues de notificada la sentencia al emperador, «sólo se dejó entrar (á su prision) al abate Fischer, y que algo más tarde, el obispo de Querétaro se presentó ofreciendo sus auxilios espirituales, que fueron aceptados por los prisioneros.» Mal podría entrar el padre Fischer á ver al emperador, cuando se hallaba en Méjico, que estaba sitiado. El capellan general de Maximiliano, que era el presbítero D. Luis G. Aguirre, fué el que entró á verle, así como el padre Sória con quien se confesó y que le acompañó hasta el último instante. El confesor de D. Tomás Mejía fué el sacerdote Ochoa, como tengo referido, y el que asistió á D. Miguel Miramón, el padre Ladron de Guevara. No hubo, pues, nada de obispo ni fué celebrada la misa que oyeron los sentenciados poco antes de marchar al sitio de la ejecucion. Se dice, con no ménos inexactitud en esa historia, que «Miramón estaba pálido, abatido, y Mejía sumamente altivo, pues era preciso no olvidar que era indio, que decía que era una gloria el morir con su soberano.» Precisamente sucedió todo lo contrario; pues Mejía, á causa de sus enfermedades, se hallaba abatido y silencioso, mientras Miramón se mostró siempre sereno y fuerte y tranquilo. Sigue refiriendo el autor con no más fieles datos, que «Miramón se dejó tapar los ojos sin hacer ningun movimiento; pero que Mejía se resistió, é intentando el capitán vencer su resistencia, el obispo dijo algunas palabras por lo bajo al general, que se sometió tranquilamente.» Nada de esto sucedió, pues ni fué obispo ninguno al sitio de la ejecucion, ni á ninguno de los tres sentenciados se intentó vendarle los ojos. En otro error se incurre en esa historia al asentar que «al llegar el cortejo frente á la puerta principal del hospital dijo Mejía en alta voz al emperador: Señor, dadnos una vez más el ejemplo, mostrándonos vuestro valor, pues seguimos los pasos de V. M.» Repito que el general Mejía, no pronunció palabra ninguna; pero aun-

La muerte del emperador fué muy sentida en general.

El país había visto ensayar á sus hombres políticos pertenecientes á las diversas comuniones en que estaban divididos, todos los sistemas de gobierno, incluso el de D. Benito Juárez, antes del imperio; y como en ninguno había visto establecerse la hacienda ni la paz, no podía abrigar ningun sentimiento ajeno al de la humanidad hácia un hombre que, dejando la brillante posicion que ocupaba en Austria, había ido á Méjico, llamado por una Junta de Notables y en vista de infinitas actas enviadas por los pueblos.

En cuanto al efecto que su muerte causó en los Estados-Unidos, en Inglaterra y en las principales naciones de Europa, fué diametralmente opuesto al que se experimenta ante la noticia de un rasgo grandioso de magnanimidad ejercido por el que rige los destinos de un país. Todos los periódicos norteamericanos desaprobaron el hecho, y el *Times* de Nueva-York cometió la injusticia de dar un calificativo ofensivo á todo el partido republicano de Méjico por las ejecuciones verificadas, cuando sólo fueron debidas á los pocos individuos que formaban el gobierno. Encabezar un artículo con el título de «Los salvajes mejicanos

que en aquel momento la hubiera querido dirigir al emperador, le habría sido imposible por ir cada uno de los sentenciados en distinto coche, y á distancias convenientes. Añade el historiador, que «en ese momento pasaban los franciscanos, que los dos primeros llevaban la cruz y el agua bendita, y los demás velas encendidas.» No había en Querétaro ya en esa época frailes franciscanos, y por lo mismo ni pudieron ir unos llevando la cruz y el agua bendita, y otros con velas encendidas.

y su crimen», como lo hacían los redactores del *Times*, era no tener presente los esfuerzos que los defensores de Maximiliano, pertenecientes todos al partido liberal, habían hecho por salvarle, así como olvidar que en las peticiones elevadas por los habitantes de San Luis Potosí y de Querétaro al presidente D. Benito Juárez, pidiendo el indulto de los sentenciados, había muchas familias liberales.

Los redactores del periódico el *Tribune* consideraban la ejecución de Maximiliano como una calamidad para Méjico, y despues de elogiar las elevadas cualidades que le distinguían, añadían: «Coger á semejante hombre que estaba prisionero, y fusilarlo á la luz del día, solamente porque no tuvo fortuna en la guerra, es un desatino. Hacerlo á despecho del mundo civilizado, es un crimen. Para los Estados-Unidos es un insulto. Nosotros no pedimos más que el menguado presente de la vida de aquel hombre sin ventura y sin defensa, y se nos la niega. Nosotros dimos á Méjico un triunfo, y en pago Méjico desprecia con ira nuestros consejos de clemencia... Maximiliano que había perdido su corona, su cetro, su reino, su ejército, y hasta su esposa y la herencia patria, lanzado de su capital, vencido y vendido por la traicion, nada podía apetecer tanto como probar al mundo que él sabía morir como soldado y príncipe. Méjico nada ha ganado con fusilarle; Maximiliano se habría hundido en la oscuridad; Méjico le ha convertido en héroe.»

Otro periódico, tambien de los Estados-Unidos, el *Journal of Commerce*, decía: «Podemos admitir el derecho de Méjico en fusilar á Maximiliano, sin disminuir en lo más mínimo el horror con que será mi-

»rado el ejercicio de ese derecho. Pronto encontrará el mundo inhabitable para él, por insoportable, el hombre que se proponga andar siempre montado en la punta de sus derechos legales, sin modificar jamás ni conceder cosa alguna en gracia de la buena opinion de los demás hombres. Tal fué el error de Shylok: siempre echó por sus derechos. Quería una libra de carne del cuerpo de Antonio, porque ante la ley le pertenecía, y á no mediar la bella Porcina, habría conseguido su libra de carne humana, pues los jueces de Venecia se la habrían hecho dar... Dicen los progresistas de Juárez, que este sucumbió al clamor popular. Lo mismo tambien habría podido decir el presidente Johnson si hubiera entregado á monsieur Jefferson Davis á la venganza de los radicales; pero el mundo le habría hecho tan responsable á él, como responsable hace á Juárez.»

El Herald, periódico de los de más circulacion en Nueva-York, desaprobó, aun con mayor dureza que todos sus colegas, el fusilamiento verificado en Maximiliano, y culpaba al gobierno de los Estados-Unidos de no haber tomado empeño en evitarlo. «Si su vida hubiera podido salvarse», decía «habría sido por obra de un solo gobierno, y ese gobierno es el de los Estados-Unidos. Ninguna duda queda de que todas las naciones de Europa considerarán el asunto bajo esta luz. Los Estados-Unidos participarán del oprobio... Este juicio parecerá severo, pero es justo: en nuestro poder estaba Maximiliano; á ello nos hallábamos obligados por todo principio de honor y de dignidad; pero no lo hicimos, hemos sido culpables de no haberlo, y el cargo pesa sobre nosotros. ¿Increparemos

»á la Europa y al mundo civilizado porque así pien-
 »sen y hablen de nosotros? No sería justo. Bien pudie-
 »ran los Estados-Unidos, al adoptar la causa del libe-
 »ralismo mejicano, obligar á Napoleon á retirar sus
 »tropas del continente occidental, y bien pudieron (lo
 »sabe todo el mundo) salvar la vida de Maximiliano si
 »con igual energía y determinacion se hubiese inter-
 »puesto para lograrlo. Si Maximiliano ha sido fusila-
 »do, es porque esa energía y esa determinacion, triun-
 »fante en el primer caso, faltaron en el segundo.»

Los redactores del *News*, sin poder ocultar las ambiciosas miras que siempre han tenido los Estados-Unidos respecto del rico territorio mejicano, decían tomando por causa los fusilamientos verificados en Maximiliano y sus generales: «En vista de los terribles
 »desórdenes que amenazan anegar en sangre á Méjico,
 »¿cuál es nuestro deber? En vista de la actitud que
 »ante el mundo hemos observado siempre de fiadores
 »por la buena conducta de las repúblicas en este con-
 »tinente, ¿cuál es nuestro deber? Nuestro deber, lo de-
 »cimos, es intervenir en las sangrientas contiendas de
 »las acciones de Méjico, ocupar su territorio con un
 »ejército bastante fuerte para imponer paz y obedien-
 »cia, y anexarlo más tarde á los Estados-Unidos. Lo
 »haremos, no por codicia de poder y territorio, sino

1867. »como puro deber de humanidad y de cari-
 Junio. »dad para con el siglo. Tal proyecto sería
 »recibido por aclamación. Una semana despues del lla-
 »mamiento del gobierno con tal fin, se reuniría un
 »ejército de cien mil hombres. En diez días, esta ciu-
 »dad (Nueva York) daría cincuenta mil. Seis meses

»de tiempo y cinco millones de duros, bastaban para
 »poner orden en Méjico. Méjico ha sido pesado, y re-
 »sulta falta en la balanza. Avancemos, pues, con ver-
 »dadero republicanismo, anexémosle á la unión, y sal-
 »vemos su pueblo de la matanza y la barbárie.»

La prensa europea desaprobó tambien que se hu-
 biese privado de la vida á Maximiliano y sus genera-
 les; pero más moderada que la de los Estados-Unidos,
 no lanzó los injustos y ofensivos calificativos que ésta
 arrojó sobre el partido liberal de Méjico. El *Times* de
 Lóndres decía: «El gobierno francés, como los demás
 »países civilizados, puede esperar ahora el curso de
 »los sucesos, y los cambios que sin duda le vengarán
 »de los hombres que han abusado de la victoria. No
 »hay más que uno que tenga deberes que cumplir res-
 »pecto de Méjico. Despues de haber restablecido á Jua-
 »rez y á sus partidarios en el poder, los Estados-Uni-
 »dos tienen obligacion de cuidar de que la autoridad
 »restablecida en Méjico muestre algun respeto por la
 »moral y la humanidad.»

Otro periódico europeo se expresaba así: «El em-
 »perador Maximiliano, que había sido proclamado tal
 »por el voto libre de los pueblos, y reconocido por to-
 »das las potencias de Europa, ha sido inhumanamente
 »fusilado por las fuerzas republicanas. ¡Desgraciada
 »causa la que necesita para triunfar, consternar al
 »mundo!...»

He creído importante copiar lo que decían los pe-
 riódicos que dejo mencionados, porque ellos dan á co-
 nocer claramente la opinion de la prensa de los Esta-
 dos-Unidos y de Europa, respecto de la muerte de Ma-
 ximiliano, en la época misma de los acontecimientos.

Pero aunque la opinion general de todos los países estaba uniforme en la desaprobacion de los fusilamientos verificados, de ninguna manera había justicia ni razon para arrojar sobre todo el partido liberal los injustos epitetos aplicados por la prensa norte-americana. Si D. Benito Juarez, creyendo que el rigor daría mejores resultados que la clemencia, para la estabilidad de su gobierno, cerró el oído á las peticiones de indulto, no quiere decir esto que en los hombres de su partido se desconociesen los sentimientos humanitarios. Que existían éstos, lo demuestran esas mismas peticiones de indulto, en las cuales se veían muchos nombres de personajes muy estimables pertenecientes al partido liberal. Los abogados D. Mariano Riva Palacio y D. Rafael Martinez de la Torre, que pertenecían á él, habían dado patentes pruebas procurando salvar la vida de Maximiliano, de que no cedían en sentimientos de humanidad al hombre más filántropo. En el pedimento de indulto para el emperador, que presentaron á D. Benito Juarez, decían estas palabras: «La misma república norte-americana ha manifestado un grande interés por la vida de este príncipe; y si la nota que se pasó para esa recomendacion ha podido herir en algo el sentimiento nacional, que la ha visto como una amonestacion, es preciso, con la calma que deben tener los representantes de esta república, ver en ella, no una exigencia de superioridad, sinó un buen deseo, por las simpatías y amistad que tiene acreditadas en favor de nuestra independencia...

»El poder de esta nacion amiga, y el estilo de su nota, ¿dá derecho para no estimar en todo lo que valen

»sus buenos oficios? Si la recomendacion se funda en un principio moral; si es cierto que los principios republicanos detestan esos patíbulos que levantan las pasiones políticas, ¿se deberá, á pesar de ellos, contrariar una verdad, sólo porque se dijo en un estilo que lastimara?

»El espíritu de los hombres públicos de Méjico es muy superior á esas apreciaciones de quienes ven las cosas al través de una susceptibilidad que se hiere de las formas, para sacrificar la justicia. Por una cuestion de estilo, no deben olvidarse los servicios que en la adversidad se reciben; y si se ha pedido algo que la justicia y los principios liberales aprueban, esa voz debe ser escuchada con toda la atencion que merece el interés de hermanos que deben tener un lazo de union.

»Podrá haber persona que quisiera contestar esa nota con la muerte inmediata de Maximiliano; pero no hay temor de que tan ilustrado Gobierno pueda dar oído siquiera á esos gritos de una pasion que, aunque fuera patriótica, se parecería más á un delirio que á la expresión prudente y discreta del verdadero amor al país.

»Nada más cuerdo, que en las ocasiones en que Méjico pueda acreditar su gratitud, hacerla patente; y hoy se presenta la más á propósito, para justificar que Méjico es reconocido á los buenos oficios de las naciones amigas.

»La muerte de Maximiliano será una demostracion de energía; pero no será, es preciso repetirlo, un acto de prudente política ni de habilidad de gobierno. Desarmar al país de sus incontestables derechos que po-

»día hacer valer en lo futuro, matando al Archiduque
 »de Austria, podrá ser muy bueno; pero si la nacion
 »pudiera ser escuchada, no serian sus mejores intér-
 »pretes los que quieren esa muerte, que se lleva la
 »ocasion de presentar á Méjico grande y digno del lu-
 »gar á que está llamado.

1867.

»Venimos á nombre de la humanidad, de
 Junio. »la democracia, de la libertad, de la Cons-
 titucion, á pedir se suspenda el golpe de la muerte
 »sobre Maximiliano. No sólo hay en los códigos esta
 »pena; y al pedir el perdon de la vida, recordamos al
 »C. Presidente, que esta gracia que otorgue es una de
 »las más nobles prerogativas de su poder.

»La clemencia es la virtud de los republicanos, y
 »de ella jamás vienen males irreparables, que son
 »siempre conquista funesta del poder de la tiranía,
 »que con el rigor marca las huellas de un desenfreno
 »que arranca mil lágrimas á la sociedad.

»La reflexion, despues de cierto tiempo, ha produ-
 »cido, aún en el ánimo de los más descontentos, la pro-
 »funda conviccion de que la paz sólo puede venir del
 »triunfo del principio constitucional, y la grande es-
 »peranza del país es, que templada la situacion por la
 »observancia de los principios mismos que se procla-
 »man, sean un vínculo que ligue á los partidos, sin
 »dar cabida á la agitacion amenazadora de pasiones
 »desenfrenadas.

»¡Qué bello porvenir tiene el pueblo mejicano, si á
 »la sabiduría del Gobierno y al prestigio de su triunfo,
 »pudiera agregar la observancia precisa, indeclinable,
 »de los principios que sostiene la Constitucion!

»La gracia de perdon puede ser para nuestra patria
 »una fuente inagotable de bienes que más se estiman
 »cuanto más se necesitan. Hoy la sociedad pide la paz,
 »y ésta no viene con la sangre que derrama el luto y
 »la consternacion. Al derramarla, si el país tiene al-
 »gunos que aplaudan, la generalidad verá abrirse un
 »abismo sin fondo de desgracias; porque el rigor es un
 »mal de funesto contagio que lleva á los vencedores
 »adonde no se piensa, adonde no se conoce; pero que
 »por todas partes encuentra lágrimas y desolacion.

»Hay en las grandes crisis un estupor que sólo se di-
 »sipa cuando el gobernante habla como padre que ama
 »la sociedad que gobierna, cuando se ahuyenta ese
 »amago terrible de la muerte, que es el fruto de la
 »discordia; cuando se reciben con limpio corazon las
 »excusas de los extraviados. Méjico es una nacion,
 »donde diseminados lloran la mayor parte de sus hijos
 »las desgracias de una lucha fratricida, y la señal de
 »nuevos patíbulos sería un fatídico anuncio de calami-
 »dades nuevas que amargarían la existencia de los
 »vencidos, y tambien la de los vencedores.

»Perdon de la vida de Maximiliano pedimos noso-
 »tros, y él será, sin duda, bien visto de este país gene-
 »roso que conoce ya todo lo que vale la filantropía de
 »los principios liberales. En estos días se abrieron las
 »puertas de la prision de Jefferson Davis, y su liber-
 »tad fué aplaudida por el mismo pueblo que sintió los
 »horrores de una discordia civil.

»Nosotros, los defensores de Maximiliano, al inter-
 »poner para su caso este recurso, cumplimos con un
 »deber penoso, pero de honra; porque elegidos, sin